

● desde el corredor

Betancourt, un coburgo universal

JUAN DEL CASTILLO

Celebramos, este año, el 250 aniversario del nacimiento de Agustín de Betancourt y Molina (Puerto de la Cruz, 1758-San Petersburgo, Rusia, 1758). Para dicha efeméride se preparan la Fundación Canaria Betancourt, la Fundación Orotava Historia de la Ciencia -que hizo, en 2003, una publicación sobre los dos hermanos- y sobre todo, el Ayuntamiento de su patria chica, el liberal y marinero Puerto de la Cruz. Buen aperitivo para este año betancourtiano fue la charla que, en la orotavense Librería El Viajante, en el pasado diciembre, pronunció Juan Cullen Salazar, digno familiar y diligente depositario del archivo de Betancourt-Castro.

Haciendo un breve currículo de nuestro personaje, en su etapa insular, decir que perteneció a una familia ilustrada de Tenerife, representativa de la pequeña nobleza de la Isla, "a la que -según Humboldt (Berlín, 1769-1859)- se le achaca mucha soberbia y que se designa a sí misma con el nombre fastuoso de las Doce Casas". Sus padres fueron Agustín de Betancourt y Castro (Las Palmas, 1720-La Orotava, 1808), caballero de Calatrava, miembro de la célebre Tertulia de Nava, y Leonor de Molina y Briones (Garachico, 1725-La Orotava, 1808), hija del marqués de Villafuerte y dama de exquisita sensibilidad. El joven Agustín, precozmente, junto a su hermana María del Carmen, descubre una máquina epicilíndrica para el hilado de la seda. Dejó, definitivamente, Canarias, en edad temprana, a los 21 años; como otros paisanos famosos: Benito Pérez Galdós (Las Palmas, 1843-Madrid, 1920), a los 19, y Blas Cabrera Felipe (Arrecife, 1878-México, 1945), a los 16.

En la Villa y Corte, inicia su aprendizaje en los Reales Estudios de San Isidro, siguiendo los pasos de su primo, Estanislao de Lugo-Viña y Molina (La Orotava, 1716-Burdeos, Francia, 1833), más tarde, director de los mismos. Y continúa su etapa continental, con larga estancia en París, escapadas a Inglaterra y frustrado viaje, en comisión real, a Cuba. Pienso que la mejor síntesis es hacer balance de sus inventos y realizaciones: sobre la destilación del carbón mineral, el Real Gabinete de Máquinas, la máquina de vapor a doble efecto, la esclusa del émbolo buzo, el telegrama óptico

co y el ensayo sobre la composición de las máquinas. Su madurez transcurre en la futura Unión Soviética, durante 16 años largos. Domina todas las vías del Imperio, goza del favor del zar de todas las Rusias, Alejandro I (San Petersburgo, 1777-Taganrog, 1825), y continúa, sobre todo, en el futuro Leningrado, sus grandes obras: el Picadero de Moscú, la Casa de la Moneda de Varsovia, la Catedral de San Isaac, la Feria de Nizhni Novgorod, la máquina de cortar hierba en ríos y canales, en suma, la Draga de Kronstadt.

El mayor enigma en la vida de Betancourt es su boda con la distinguida católica inglesa Ana Jourdain (Kensington, Inglaterra, 1769-Versalles, Francia, 1853), con la que, al parecer, se casó en París en 1790. Por las razones que fueran, el matrimonio se repite, en Madrid, en abril de 1797, en la desaparecida parroquia de Nuestra Señora de las Angustias, sita en los jardines del Buen Retiro. Para ello, se incoa el expediente de soltería de Agustín como militar y se concede autorización real, a posteriori, en octubre siguiente. Por último, la existencia de unas capitulaciones de la pareja, en París, en el otoño del mismo año, después del matrimonio canónico, acaso da pie al misterio de una tercera boda. A Doña Ana, más tarde, en Madrid, la tildaban de "vanidosa y amiga de la ostentación". Tuvieron cuatro hijos: Carolina (París, 1789-San Petersburgo, 1823), Adelina, Matilde y Alfonso (Madrid, 1805-París, 1875).

Hay un hecho festivo en la fecunda producción del errante Betancourt: su incursión en la aeronáutica. Lo cuenta, con prosa insuperable, Rumeu de Armas (Santa Cruz de Tenerife, 1912-Madrid, 2006): "Betancourt sorprendió a la Corte con un espectáculo inusitado: el lanzamiento de un globo aerostático, fabricado bajo su dirección, de tafetán barnizado y 7 pies de diámetro. El experimento se llevó a efecto el 29 de noviembre de 1783, en la casa de campo del infante Don Gabriel. La vuelta del globo se hizo en presencia de Carlos III, príncipes, grandes, ministros y otras personas de la Corte, viéndolo con particular complacencia su-

bir y desaparecer entre las nubes, durante 2 minutos, en cuyo tiempo le sacó el mismo Rey el sombrero. Después se encontró a 8 leguas de distancia". Por cierto, también se dijo de Viera que fue inventor de uno de estos artilugios.

Nuestro hombre muere en San Petersburgo, el 14 de julio -fecha de la Toma de la Bastilla, 35 años antes, por el pueblo de París- de 1824. Enterrado, inicialmente, en el Cementerio luterano de Smolenski, en dicha ciudad, junto a la tumba de su primogénita Carolina, en 1986 fue trasladado al Cementerio Lazarevki, a orillas del río Teva. Para ello, se restauró su monumento: columna de casi siete metros de altura, levantada sobre un pedestal y coronada por una urna funeraria. En fin, gran columna de hierro colado, como se ha escrito, acertado símbolo para un sabio que transitó de la Ilustración a la Revolución Industrial, de la que el hierro fue materia emblemática.

El Puerto de la Cruz perpetúa su memoria con un busto en bronce, en la familiar Plaza de la Iglesia, salido de la gubia del escultor Jesús María Perdígón Salazar (La Orotava, 1888-Madrid, 1970) e inaugurado en 1966. Con motivo del 150 aniversario de su muerte, en 1974, se cambió el pedestal, que contiene la mejor síntesis de la vida apasionante de Don Agustín. Volviendo a Juan Cullen -precisamente, el martes próximo, presenta su último libro, sobre la correspondencia íntima de Betancourt-, dice que el único museo de Canarias dedicado al sabio es el Museo Elder de las Ciencias, de Las Palmas, que le destina una planta. Yo pediría a la alcaldesa de la Ciudad Turística, Dolores Padrón, que esta conmemoración betancourtiana no quedara solo en *fuegos artificiales*; se impone, en el ilustrado y cosmopolita Puerto de la Cruz, el Museo Betancourt y Molina. Por cierto, era el sueño de Enrique Talg Wyss (Vigo, 1924-Puerto de la Cruz, 2006), cuyo busto, en el Parque del Taoro, inauguramos mañana.

En definitiva, con este mal hilvanado corredor, he querido recordar a Don Agustín de Betancourt y Molina. El que fuera tantas cosas: ingeniero, arquitecto, inventor, urbanista, ilustrado, científico. Y para mi lenguaje más entrañable: un coburgo universal.